



REVISTA DEL COLEGIO DE FILOSOFÍA

NÚM. 30-31 | JUNIO - DICIEMBRE 2016

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

THEORÍA
Revista del Colegio de Filosofía

Director

Dr. Carlos Oliva Mendoza

Secretario de redacción

Dr. Gerardo de la Fuente

Consejo editorial

Dr. Mauricio Beuchot, Dra. Paulette Dieterlen, Dra. Juliana González, Dr. José María González, Dr. Javier Muguerza, Dr. León Olivé, Dr. Manuel Reyes Mate, Dra. Concha Roldán, Dr. Ambrosio Velasco, Dr. Ramón Xirau.

Consejo de redacción

Dra. Mariflor Aguilar, Dr. Raúl Alcalá, Dra. Elisabetta Di Castro, Dr. Pedro Enrique García, Dr. Crescenciano Grave, Dr. Ricardo Horneffer, Dra. Julieta Lizaola, Dr. Carlos Pereda, Dra. Lizbeth Sagols.

Diciembre de 2016

D.R. © 2016. UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000,
Universidad Nacional Autónoma de México, C. U.,
Coyoacán, C. P. 04510, D. F.

ISSN 1665-6415

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Theoría. Revista del Colegio de Filosofía, publicación semestral, diciembre de 2016. Número certificado de reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derechos de Autor: 04-2003-041612494400. Número de certificado de licitud de título (en trámite). Número de certificado de licitud de contenido (en trámite).

Índice

Artículos

Elena Trapanese, <i>La España “cóncava” de Ramón Gaya</i>	11
Silvia L. Gil, <i>¿Cómo hacer de la vulnerabilidad una herramienta para el cambio? Apuntes para repensar la democracia y la vida común</i>	25
Virginia López-Domínguez, <i>¿Por qué la arquitectura es música congelada? Schelling, Le Corbusier y Xenakis</i>	39
Hugo Rolando Aquino Cruz, <i>La modernidad y el humanismo jesuita del siglo XVIII: la influencia de John Locke en el tratamiento de la justicia de Francisco Javier Alegre</i>	61
Mario Morales Domínguez, <i>El caso Hegel. Sobre el “Prólogo” a Fenomenología del espíritu</i>	85
Víctor Gerardo Rivas, <i>Del vínculo trascendental entre la modernidad, lo barroco y lo romántico</i>	99
Omar Mejía Vergara, <i>Reflexiones sobre ethos barroco y guadalupanismo</i>	119
Mario Edmundo Chávez Tortolero, <i>El Compendium musicae y la confesión de Descartes</i>	133
Andrea Torres Gaxiola, <i>Técnica y fetichismo. Apuntes sobre el primer libro de El capital</i>	149
José Luis Aguilar Martínez, <i>El Marx del proceso</i>	171

Reseñas y notas

Rebeca Maldonado, <i>El zambranismo en México, a propósito de La palabra compartida</i>	193
---	-----

Abstracts	201
---------------------	-----

El caso Hegel. Sobre el “Prólogo” a Fenomenología del espíritu

Mario Morales Domínguez

Introducción

La ambición de la obra de Hegel es abarcarlo todo. Pero en ese querer se va la vida. Siempre hay costos para nuestra ambición. Desde Freud sabemos que el deseo no se puede simplemente cumplir y dejar satisfecho a quien lo cumple. Muy al contrario, el cumplimiento del deseo nos deja aún más expuestos a nuestra falta estructural. El caso de Hegel resulta esclarecedor a este respecto. No es casualidad que se presente en la historia un poco antes que Freud. Y es que, como lo dice Jean-Luc Nancy, “Hegel es el pensador que inaugura el mundo contemporáneo. Toda su obra está penetrada y motivada por la conciencia y por la emoción de tener que habérselas con una inflexión decisiva en el curso del mundo, y, por lo tanto, en el curso de la filosofía”.¹ Sin duda, Hegel es un pensador imprescindible para entender la filosofía actual. Su obra representa, o quizá más bien presenta, un intento que culmina un proyecto inconmensurable: el proyecto de la razón. Hegel lo logra, integra en su obra todos los aspectos de lo que puede ser pensado y experimentado. Pero este logro tiene efectos secundarios, pues a partir de ello se abre un espacio para la negatividad en un sentido muy corrosivo. Como lo diría Georges Bataille, “Hegel ganó, en vida, la salvación, mató la súplica, se mutiló. No quedó de él más que un mango de pala, un hombre moderno. [...] El sistema es la anulación”.²

Y es curioso que eso lo haya hecho justo el pensador que intentó resolverlo todo por medio de la razón. En Hegel, el costo que se tiene que pagar es que la razón se disloque a sí misma. La razón de Hegel tiene que dar una vuelta por su contrario para poder llegar a ser lo que es. No se trata de la

¹ Jean-Luc Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*. Madrid, Arena, 2005, p. 9.

² Georges Bataille, *La experiencia interior*. Madrid, Taurus, 1973, p. 52.

razón sin contradicciones, sino, por lo contrario, es aquella que abarca todas las contradicciones. Eso es lo que hace la lectura de Hegel algo difícil, quizá imposible, si se quiere encontrar en él una respuesta última. Hegel, al contrario de esto último, no ofrece algo definitivo, sino justo la posibilidad de que se siga pensando, de que se sigan generando conceptos. Por ello, la obra de Hegel se presta para casi cualquier cosa, si se la toma como tal. Pero para eso está ahí.

Vale la pena retomar la obra de Hegel no para simplemente seguirla y afirmarla, sino precisamente para torcerla, distorsionarla, e incluso negarla, pues, como él mismo sugiere, no es más que en la pura y simple negatividad donde ésta, si acaso, podría alcanzar una verdad. Es posible llevar los planteamientos de Hegel a su extremo, utilizándolos para vislumbrar otras formas de hacer filosofía, yendo más allá de Hegel, apropiándolo para nosotros, pero, sobre todo, sabiendo que eso implica, en primer lugar, su negación. Es decir que, por contradictorio o absurdo que pudiera parecer, la única forma de apropiarse del discurso hegeliano es negándolo. “El espíritu no es esta potencia como lo positivo que se aparta de lo negativo, [...] sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara a lo negativo y permanece cerca de ello”,³ diría Hegel mismo. Una vez que tocamos el lado negativo, cualquier tipo de desviación se hace posible. Se trata de darle actualidad al discurso hegeliano, pero, como se verá, esto no se puede hacer si no es impugnándolo, rompiéndolo, pervirtiéndolo; llevándolo hacia lugares quizá insospechados, sobre todo, llevándolo de la razón hacia la locura.

Considerando lo anterior, en el presente texto se defiende la tesis de que el acercamiento a la obra de Hegel nos puede abrir el panorama hacia un entendimiento de la filosofía como algo sin fundamento, puesto que se trata de un acercamiento hacia la locura. Pero esa locura es quizá la que nos define como humanos. Hoy se hace necesario este enfoque, ya que no parece haber una resolución definitiva a los conflictos mundiales. Y es que quizá no tendría por qué haberla. Habría que aprender de Hegel en al menos dos sentidos. Primero, quizá no para intentar volver a realizar su hazaña omnipotente, sino, al contrario, para no volver sobre ella; es decir, una enseñanza en sentido negativo. Pero lo que podemos ver también es, por otro lado, el inagotable esfuerzo que hace para envolver y resolver incluso los aspectos más negativos de nuestras experiencias, y aun así atreverse siempre a llamar a todo eso como “razón”. Recordemos que, para Hegel, “la razón es el *obrar con arreglo a un fin*”.⁴ Es decir, no es que la razón sea el fin solamente; no es que se llegue a la razón, a la verdad, de una vez por todas y ya, sino que la razón es lo que motiva una y otra

³ G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*. México, FCE, 1966, p. 24.

⁴ *Ibid.*, p. 17.

vez a la negación, al movimiento. Aunque obviamente el propio movimiento constante puede moverse también de lo racional a lo irracional, la razón sería el único medio de ponerlo en positivo. Podríamos llamarle de cualquier otra forma, pero la razón nos habla del momento en que podemos enunciar algo. Si queremos hablar de algo, esto tiene que ser racional. Éste sería el lado positivo. Quiere decir que a pesar de nuestros impotentes intentos por abarcar el absoluto, como lo hizo Hegel y como tiende a hacer la filosofía en general, el simple hecho de que nosotros estemos aquí para enunciar algo, aunque sea como una locura, es ya algo que fue realizado positivamente; y, como tal, contiene un sentido, nos lanza de nuevo hacia adelante. Razón y locura no pueden verse por separado. Ambas son positivas y negativas a la vez, pero la enseñanza es que la mera acción de identificarlas como tales ya es un impulso hacia el devenir, hacia el movimiento.

Todo lo anterior queda evidenciado en el “Prólogo” que podemos encontrar en *Fenomenología del espíritu*. En él se sintetiza gran parte del proyecto hegeliano, pero, sobre todo, se expresan todos estos elementos contradictorios y a la vez concretos y positivos de la filosofía. Por ello nos centraremos en este texto y lo complementaremos con algunos otros a fin de contrastar y constatar su actualidad. Varios autores nos acompañarán en este recorrido, especialmente Sigmund Freud, con una lectura paralela para explicar a Hegel; Georges Bataille, en sus puntualizaciones sobre lo negativo en Hegel ligado al sacrificio y la muerte; y, por último, Jean-Luc Nancy, para ligarlo directamente al momento histórico filosófico actual.

La elección de estos tres momentos posteriores a Hegel en el pensamiento occidental obedece a que se hace necesaria una actualización que no puede realizarse sin dar cuenta de ciertas torsiones por las que ha pasado la cultura occidental antes de llegar a nuestro presente. Es decir, no es conveniente querer hacer una lectura de Hegel desde el presente si no se toman en cuenta anclas que nos marquen los puntos de inflexión que nos separan o que nos unen con su pensamiento. Si bien podría llevarse a cabo tal labor desde otros autores, cada uno de los aquí tomados representa un punto crucial, ya sea respecto a una lectura de Hegel como a algún momento de transformación clave en el pensamiento occidental. En ese sentido, si Hegel llevó a la razón hasta sus últimas consecuencias, un poco más tarde Freud representa el golpe más duro a la razón y a la conciencia occidental que ha habido en la historia. Según su propio planteamiento, no fue suficiente que Darwin haya dado un golpe a la razón haciéndola ver como una mutación más del reino animal, sino que el siguiente golpe, el cual viene de la psicología y del cual Freud mismo forma parte, es hacia el yo como operador de esa razón que de por sí ya no es ningún privilegio absoluto. El yo ordenador, el sujeto, queda totalmente cuestionado, pero no por algo externo a sí mismo, sino de hecho, por algo

que le compete a sí y que se expresa como síntoma, es decir, como brotes que rompen y cuestionan la razón y la conciencia mismas.⁵

Bataille, por su parte, no tuvo que hacer más que retomar a Hegel y poner énfasis en el desgarramiento al que nos lleva su postura si se lleva hasta sus últimas consecuencias. Dice Bataille: “Sólo la razón tiene el poder de deshacer su obra, de demoler lo que edificaba. La locura no es eficaz [...]. No alcanzamos, sin la ayuda de la razón, la ‘sombria incandescencia’”.⁶ De esta manera, Bataille aprovechó el desenfreno de la razón explorando lo que él identificó como la experiencia interior no sólo como una experiencia negativa, sino también mística, de éxtasis, de arrobamiento, de no-saber, del sinsentido; sin fundamento ni revelación. Como él lo sugiere, para llegar a ello no era suficiente simplemente desapegarse de la conciencia bajo el desvarío, el delirio o el disparate, sino justo lo contrario: adentrarse tanto en la experiencia de la razón que ella misma termine en frenesí. El sacrificio y la muerte en Bataille representan el límite de tal transgresión; una experiencia sin dogma ni ciencia, sino un fin en sí misma.

Con Freud y Bataille podemos colocarnos de lleno en el siglo xx, y los cambios que representó éste en el pensamiento occidental. La falta de fundamentos absolutos y la desmesura en una gran cantidad de ámbitos que caracterizan el siglo no pueden dejarse de tomar en cuenta para pensar el presente. Finalmente, Nancy, un pensador contemporáneo, escribiendo en el umbral del siglo xxi, nos puede dar la pauta para situarnos en los desafíos actuales. Su trabajo *Hegel. La inquietud por lo negativo* constituye tanto un acercamiento a la propia obra de Nancy como a lo que la lectura de Hegel aún tiene por decirnos. La importancia de Hegel, para Nancy, es que “fue indudablemente el primero en tener esta conciencia propiamente moderna de la violenta paradoja de un pensamiento cuyo valor propio es todavía inaudito, y cuyo dominio es la grisura del mundo”.⁷ Esa “grisura” no es más que la gama de altos y bajos contrastes, oposiciones, antagonismos, disparidades, contrariedades, oximorones, a los que nos vemos enfrentados hoy en día sin tener una escala u orden regente omnímodo. Estamos por ello requeridos, pero también dispuestos a pensar o tratar de captar una ontología que se mantiene siempre por venir al mismo tiempo que se actualiza; que se instala a la vez que se desplaza todo el tiempo entre lo singular y lo plural⁸ y, como es defendido en este texto, entre la razón y la locura.

⁵ Esta idea fue desarrollada por Freud en un artículo publicado en 1917 titulado “Una dificultad del psicoanálisis”, en Sigmund Freud, *Obras completas*, vol. xvii. Buenos aires, Amorrortu, 1984, pp. 125-135.

⁶ G. Bataille, *op. cit.*, p. 55.

⁷ J.-L. Nancy, *Being singular plural*. Stanford, Universidad de Stanford, 2000, p. 10.

⁸ En *Being singular plural*, Nancy realiza un intento de “rehacer por completo

El caso Hegel

Como ya se dijo, la obra de Hegel pretende abarcarlo todo. Tan es así que llega el momento en que al tener la tarea de prologar sus obras resulta extraño querer añadir algo a eso que pretende no haber dejado nada fuera. Si el “Prólogo” se sitúa en una posición externa es porque se está advirtiendo de inmediato que algo falta en la obra. Pero la filosofía que pretende realizar Hegel no permitiría tal operación. No puede haber una mirada externa, diría Hegel, a la verdad misma. Y entonces cabe interpretar la necesidad del “Prólogo” como algo más bien trágico de toda obra y principalmente si se trata de una obra filosófica. Para Hegel, la filosofía no puede contentarse con ser un mero intento de la sabiduría, un mero acercamiento, sino que tiene que ser ésta misma. Pero he aquí que jamás puede cumplir su propósito, o quizá justo al cumplirlo abre paso a que ésta misma sea refutada de inmediato. Justo al mostrarse, al escribirse, al plasmarse, al manifestarse, la filosofía inaugura la posibilidad de que emerja algo. Se trata entonces de la posibilidad misma del ser lo que se juega en la filosofía.

Hegel insiste en que la necesidad externa e interna es siempre la misma: “En cuanto a la necesidad *externa*, concebida de un modo universal, prescindiendo de lo que haya de contingente en la persona y en las motivaciones individuales, es lo mismo que la necesidad *interna*, pero bajo la figura en que el tiempo presenta el ser allí de sus momentos”.⁹ Lo que propone entonces es adentrarse en la experiencia de la cosa misma, de tal suerte que en esta unión con el devenir de la cosa lo verdadero se exprese en el sujeto mismo; y, sobre todo, se exprese como negación. La filosofía entonces se hace performativa. La filosofía no es un discurso sobre las cosas, sino que tendría que ser la cosa misma, envolver a su contrario y a sí misma. Ya en ese plano, no hay cabida para nada externo. Se trata de una especie de psicosis; no sin envolver la paradoja de que en esa demencia la filosofía siempre es racional. No es posible salir de la ley de la razón justo porque la ley ya está encarnada. Se podría decir que de forma opuesta a la demencia divina que él califica como “la noche en la que, como suele decirse, todos los gatos son pardos”,¹⁰ misma que identifica con la postura de Schelling, Hegel propone más bien una demencia controlada, o, mejor aún, la demencia misma del control, de la ley, de la razón. Y para caracterizar más específicamente esta extraña “psicosis racional” en la que nos envuelve, quizá se podría equiparar con una especie de paranoia en el sentido de que siempre está la necesidad de movimiento, de huida del lugar en el que

la ‘filosofía primera’, dándole como fundamento el carácter ‘singular plural’ del ser” (*ibid.*, p. xv).

⁹ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 9.

¹⁰ *Ibid.*, p. 15.

se ha llegado; una necesidad de escapar a una visión externa al mismo tiempo que se pretende encarnar esa misma visión.

Etiquetar la filosofía de Hegel como un caso de psicosis paranoica no es en absoluto casual. Quizá un antecedente del caso Schreber, analizado por Freud, bien podría ser el caso Hegel: “El *puro* conocerse a sí mismo en el absoluto ser otro, este éter *en cuanto tal*, es el fundamento y la base de la ciencia o el *saber en general*”,¹¹ dice Hegel. Es decir, que el yo implica una negatividad esencial. El yo es siempre tránsito de la indeterminación a la determinación. Está constantemente negándose para poder encontrarse. “El individuo, como ya de suyo lo exige la naturaleza de la ciencia, debe olvidarse tanto más y llegar a ser lo que puede y hacer lo que le sea posible, pero, a cambio de ello, debe exigirse tanto menos de él cuanto que él mismo no puede esperar mucho de sí ni reclamarlo”.¹² Básicamente el individuo debe anularse, perderse, para conocer lo verdadero. Más aún, “lo verdadero es, de este modo, el delirio báquico, en el que ningún miembro escapa a la embriaguez, y como cada miembro, al disociarse, se disuelve inmediatamente por ello mismo, este delirio es, al mismo tiempo, la quietud translúcida y transparente”.¹³ La lección aquí es que la tarea de la filosofía es delirar tal como lo hizo Hegel, pues sólo así se abren las posibilidades del mundo.

Retomando brevemente el caso Schreber, recordemos que éste “se sentía la mujer de Dios”.¹⁴ Schreber sentía que era violado por Dios. Y Hegel, como lo remarca Nancy, parecía también experimentar una penetración, porque al intentar penetrar él mismo en el saber absoluto y total era a la vez violado por éste. “Quien penetra es penetrado, pues el pensamiento es el pensamiento del ser mismo, y no ‘el mío’”,¹⁵ dice Nancy. Al tener comercio sexual con Dios, Schreber creía poder hablar el “lenguaje fundamental” con el que habla el mismo Dios. Y el resultado de ese comercio sexual con Dios serían “hijos del espíritu” que daría a luz Schreber y que ayudarían a redimir el mundo. Hegel, por su parte, dice: “La vida de Dios y el conocimiento divino pueden, pues, expresarse tal vez como un juego del amor consigo mismo”,¹⁶ pero a Dios le falta el trabajo de lo negativo, es decir, el sujeto. Hegel, como Schreber, era a tal grado consciente de su delirio que puede describir cada una de las facetas del mismo. Además, ambos lo realizan con fines similares. Schreber dice estar sirviendo a la ciencia y el estudio de las más altas verdades religiosas con su

¹¹ *Ibid.*, p. 19.

¹² *Ibid.*, p. 48.

¹³ *Ibid.*, p. 32.

¹⁴ S. Freud, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”, en *Obras completas*, vol. XII, p. 30.

¹⁵ J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 23.

¹⁶ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 16.

testimonio. Es decir, ellos saben de la fuerza de lo que están escribiendo. Tal parece que la filosofía y la locura tienen mucho en común. Y es que, de acuerdo al mismo Freud, las alucinaciones de la paranoia no están en absoluto alejadas de las neurosis comunes, es decir, de la vida que llevamos todos, simplemente en ellas se trasluce lo que todos escondemos. Según Freud, los paranoicos en el síntoma sólo dicen lo que quieren decir, mientras que los demás lo callamos. En el caso de la filosofía de Hegel, éste se atrevió a decir aquello bajo un ejercicio consciente que lo llevó finalmente a lo mismo que a Schreber, un delirio. Y no es nada sorprendente que, como lo remarca Bataille, “Hegel, en el momento en que se cerró el sistema, creyó durante dos años volverse loco [...] se vio, en un sentido profundo, convertirse en muerto”.¹⁷

Hegel, en su afán por encarnar él mismo la filosofía, la razón, la verdad, trata de perderse a sí mismo. Se identifica como el espíritu inacabado. El espíritu en él como individuo es insignificante. Por ello tiene que desgajarse, partir su subjetividad. “El espíritu sólo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento”.¹⁸ Para ello tiene que pasar por la muerte y la negatividad en sí misma; afrontándolas y asumiéndolas como parte constitutiva de su ser. La ciencia en Hegel no es más que esto: un abandonarse a la mera contingencia, confiando en que todo lo que pase será finalmente racional.

Pero cabe recordar que esta racionalidad, lejos de salvarnos, se trata una vez más de la acción de la pura y simple negatividad. Si el devenir que propone Hegel es un constante negarse a sí mismo, entonces el mundo de Hegel es más bien un abismo. Como lo diría Nancy, “una absoluta negatividad de lo Absoluto parece constituir toda la experiencia de este mundo, y su autoconciencia. Pero es su experiencia, y es su conciencia: no se las podríamos quitar”.¹⁹ Y es que en aquel intento por encontrarse a sí mismo por parte del sujeto hegeliano se disuelve toda sustancia, toda instancia primera y última, dice Nancy. El sujeto es el puro acto: “el fin es lo inmediato, lo *quieto*, lo inmóvil que es *por sí mismo motor* y, por lo tanto, *sujeto*. Su fuerza motriz, vista en abstracto, es el *ser para sí* o la pura negatividad”.²⁰ Y su acto es la negatividad del sistema, continuaría Nancy. Y en efecto, Hegel lo pone de manera muy clara: “La filosofía debe guardarse de ser edificante”.²¹ Se trata de ir hacia lo más profundo de lo que ya es. No se trata de inventar un éxtasis que va más allá de todo, sino de emparejarse a las particularidades; es un movimiento de apego y desprendimiento continuo. “Este mundo se percibe a sí mismo como

¹⁷ G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*. Madrid, Arena, 2005, pp. 90-91.

¹⁸ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 24.

¹⁹ J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 10.

²⁰ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 17.

²¹ *Ibid.*, p. 11.

el mundo gris de los intereses, de las oposiciones, de las particularidades y de las instrumentalidades”.²²

No hay estado estático de lo bello, lo sagrado, el amor, lo eterno, para Hegel. Todo ello se sacrifica a cada momento. “El mundo hegeliano es el mundo en donde ninguna generalidad subsiste, sino sólo singularidades, infinitamente”.²³ Lo positivo de la filosofía es siempre inmediato, es efímero, parece a cada instante. Bataille incluso llegó a ver en la muerte y el sacrificio las dos operaciones fundamentales de la filosofía hegeliana. Dice Bataille: “no puede haber auténticamente Sabiduría (Saber absoluto, ni tampoco en general nada semejante) si el Sabio no se eleva, me atrevo a decir, al rango de muerto, por más angustia que haya en ello”.²⁴ Y más adelante dice: “acerca del sacrificio, puedo decir esencialmente, en el plano de la filosofía de Hegel, que en cierto sentido el Hombre ha revelado y fundado la verdad humana sacrificando”.²⁵ Para Bataille, la negatividad del hombre que explora Hegel refleja el negro carácter de la humanidad en su totalidad. “Para Hegel, en efecto, la Acción es Negatividad, y la Negatividad, Acción”.²⁶ Se trata de la Nada en sí misma, pero en ella también el Mundo histórico. En este sentido, lo positivo y lo negativo son finalmente lo mismo. “El resultado es lo mismo que el comienzo simplemente porque el *comienzo es fin*”.²⁷

La ciencia para Hegel son los automovimientos puros del concepto. En ella tarde o temprano la sustancia se vuelve accidente, el sujeto objeto, lo interno externo, la razón locura. Esto es, tomándolo radicalmente, lo que envuelve la proposición especulativa: todo puede suceder. La multiplicidad sólo es posible gracias a ese desfondamiento. Y en esa operación los predicados son impredecibles. La ciencia de Hegel es totalmente inmanente, “lo que es vuelve a recoger en sí mismo este despliegue o este ser allí, es decir, se convierte a sí mismo en un *momento* y se simplifica como determinabilidad”.²⁸ Sin embargo, esta determinabilidad es justamente un momento antes algo totalmente indeterminado. Tal es la tragedia que trae consigo la inmanencia y la especulación en Hegel, pero que, sin embargo, él mismo no puede más que esforzarse por rescatar el aspecto positivo, es decir, el resultado; “en el pensamiento conceptual lo negativo pertenece al contenido mismo y es lo *positivo*, tanto en cuanto su movimiento inmanente y su determinación como en cuanto la *totalidad* de ambos”.²⁹

²² J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 9.

²³ *Ibid.*, p. 28.

²⁴ G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*, p. 16.

²⁵ *Ibid.*, p. 22.

²⁶ *Ibid.*, p. 12.

²⁷ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 17.

²⁸ *Ibid.*, p. 36.

²⁹ *Ibid.*, p. 40.

Al repetirse una y otra vez la operación de desgarramiento se genera un ritmo, incluso una música. “Esta naturaleza del método científico, consistente de una parte en no hallarse separada del contenido y, de otra, en determinar su ritmo por sí misma encuentra su verdadera exposición, como ya hemos dicho, en la filosofía especulativa”.³⁰ Se podría decir que cada una de las obras de Hegel, y quizá de la humanidad entera, es una especie de instantánea tomada a este ritmo que nunca se detiene. Es una especie de melodía o fragmento de pista que se extrae en algún momento para constatar que efectivamente hay un ritmo ahí; realizando un corte que al evidenciar el ritmo conforma a la vez una pieza que, al unirse con las demás, busca darle sentido a todo cuanto sucede envolviéndolo todo bajo el tambor de la razón. “Lo que no obstante asegura la soberanía del momento descrito es el ‘desgarramiento absoluto’ del que habla Hegel, la ruptura, por un tiempo, del discurso”,³¹ dice Bataille. En la filosofía de Nancy, esto se trataría de una síncope, una interrupción, un destiempo, que marca y hace notar el ritmo, pero siempre para romperlo y con ello simplemente mostrar su existencia. “Existir: el ser pensante del ser mismo. Venida, partida, sucesión, paso de los límites, apartamiento, ritmo y síncope del ser”.³² Lo que nos muestra esa interrupción, esos movimientos de desvarío, de transgresión y desgajamiento, es que estamos totalmente expuestos, lanzados, abandonados a una existencia sin fundamento. La filosofía entonces sería la decisión de hacernos conscientes de nuestra propia exposición, de nuestro propio desarraigo. Cuando en filosofía se explora la inquietud de lo negativo, como en el caso de Hegel, éste no puede envolverse a sí mismo en ella, pues todos estamos en ésta; y, por lo tanto, tiene que terminar negándose a sí mismo. Se trata de un ir y venir, entrar y salir, un ritmo. La apuesta es que en ese ritmo que se genera entre la proposición especulativa que destruye y el modo razonador que unifica es que al final gane la armonía. Cuando la sustancia se vuelve accidente y el sujeto se vuelve predicado, entonces “que el predicado exprese la sustancia y el sujeto mismo caiga en lo universal es la *unidad* en que aquel acento da su último acorde”.³³ Pero tal acorde es un albur: nunca se sabe lo que va a suceder ni cuando va a terminar la tonada. Y aun así, tal parece que no tenemos de otra más que seguirle el paso intentando desgarrarnos con ella; bailando a su ritmo en una especie de marcha delirante que se nos muestra como infinita.

Nancy remarca que la filosofía de Hegel es “gris”, pero habría que decir que más bien es una escala de grises que va desde lo blanco hasta lo negro. Sólo de esta manera se puede apegar a la realidad, sólo así se generan todas

³⁰ *Ibid.*, p. 38.

³¹ G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*, pp. 32-33.

³² J.-L. Nancy, *Las musas*. Buenos aires, Amorrortu, 2008, pp. 132-133.

³³ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, pp. 41-42.

las diferencias y autodiferencias en Hegel y se da un testimonio de lo que es, tal como en el caso de una fotografía. Y es que resulta curioso que unos años después del desarrollo de la filosofía de Hegel, haya sido también desarrollada la técnica fotográfica por Niépce. Recordemos que el sustrato fotosensible de la fotografía se coloca como un sujeto activo y pasivo a la vez, del mismo modo en que lo hace Hegel, para que los rayos del sol lo impregnen y dejen por fin plasmada una imagen del momento. “El método no es, en efecto, sino la estructura del todo, presentada en su esencialidad pura”.³⁴ Ese todo puede captar cualquier cosa. Su actividad consiste justamente en ser sensible y modificarse con la acción de la luz. Todo depende en la fotografía de qué tanto se abra y cuánto tiempo lo haga el diafragma. En la escritura de Hegel también podemos ver una gran gama de aperturas hacia la propia escritura, hacia el pensamiento y hacia la luz de la razón, por decirlo así. La luz que entra por la apertura en una cámara fotográfica no depende en absoluto sólo de alguno de los elementos, ya sea del sustrato, de la cámara, de la luz misma o de los objetos que la reflejan, sino que es una relación de todos ellos. Ser es ser en relación, “la existencia *es con*: de otra forma nada existe”,³⁵ diría Nancy. Lo que podemos ver en esa analogía es que en la escritura de Hegel también se deja ver simplemente el momento histórico en que él estaba escribiendo. No es que Hegel haya tenido razón frente a los otros. Es que Hegel recoge un testimonio quizá más extenso de la locura que vivimos todos, pero nada más. Su logro consiste en abrirse a que pase a través de él y de su escritura todo lo que tenga que pasar. Por ello, también la sensación resulta de gran importancia para Hegel. “La sensibilidad es devenir”,³⁶ dice Nancy al referirse a la filosofía de Hegel. Su actividad consiste, una vez más, en ser pasivo.

La filosofía es el disparador de la cámara, de la escritura. Es gracias a ella que se le permite todo a Hegel. La captura de la luz nunca termina, sólo experimenta interrupciones. Esas interrupciones componen lo que conocemos como el *corpus* filosófico. Pero como lo diría Bataille, “lo único que permanece es la agitación circular —que no se agota en el éxtasis y vuelve a comenzar a partir de él”.³⁷ Tal parece que la filosofía tiene la forma del deseo en psicoanálisis o incluso del *conatus* spinoziano. Para Nancy es muy claro que la conciencia de sí de la que habla Hegel es deseo. “El deseo es la necesidad de la conciencia: es la necesidad de que su propia unidad venga y devenga con ella”.³⁸ Quizá lo que Hegel llamó “razón”, ahora podríamos identificarlo como “deseo”. Ese

³⁴ *Ibid.*, p. 32.

³⁵ J.-L. Nancy, *Being singular plural*, p. 15.

³⁶ J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 53.

³⁷ G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*, p. 92.

³⁸ J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 68.

deseo siempre se desborda a sí mismo; es “deseo de un saber que es él mismo deseo, y que no sabe sino deseando”.³⁹ Tal es lo que Nancy identifica como la inquietud en Hegel. En este punto el reposo es el delirio. “La seguridad del pensamiento es inseparable de su inquietud —y su inquietud, al igual que la ebriedad, es a la vez una angustia y una exaltación, el riesgo y el impulso de la relación”.⁴⁰ La misma inquietud de la razón lleva tarde o temprano al delirio, el desvarío, la desviación continua. Por ello la locura está contemplada, ella no borra las posibilidades que nos brinda el discurso hegeliano ni viceversa. Al contrario, es posible que la locura y la razón hegeliana se inciten mutuamente en una vorágine tal que el único resultado posible sea lo que hoy conocemos como filosofía.

Conclusión

“Del ‘fracaso’ de Hegel, como de un movimiento auténtico y cargado de sentido, hay que hablar en general”.⁴¹ Y esto es porque, como se dijo más arriba, la filosofía, como la locura, nos deja ver aquello que callamos regularmente; transparenta lo que estaba ahí desde siempre; lo plasma en una obra. Hoy quizá hace falta recordar eso porque justo en ello se juega la humanidad. “El acabamiento del círculo era para Hegel el acabamiento del hombre”.⁴² En Hegel, dice Bataille, se ve el horror de ser Dios, un desgarramiento extremo de estar en el fondo de las cosas, ahí sólo el silencio del éxtasis responde. “No es Hegel aisladamente, es la humanidad entera la que en todas partes y siempre ha querido captar mediante un rodeo aquello que la muerte al mismo tiempo le daba y le sustraía”.⁴³ Bataille habla del horror sagrado. Pero ese horror al que se refiere Bataille involucra la verdad absoluta y completa que pretendía Hegel, aquella a la cual ni un prólogo se le podría agregar.

“Sin duda, Hegel lee su tiempo como el tiempo de un presente así —de una tal presentación del presente, de su inestabilidad, de su desgarrar y de su pasar”.⁴⁴ El tiempo que describe y que inaugura Hegel, de acuerdo a Nancy, es un mundo de dolor, separación, atrocidades continuas, de una desdicha estructural, desplazamiento continuo sin identidad de sentido; un mundo fuera de sí. “Hegel es el testigo de la llegada del mundo a una historia en que ya no se trata sencillamente de cambiar de forma, de cambiar una visión y un

³⁹ *Ibid.*, p. 67.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 26.

⁴¹ G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*, p. 33.

⁴² *Ibid.*, p. 92.

⁴³ *Ibid.*, p. 25.

⁴⁴ J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 33.

orden, sino en que el único punto de vista y el único orden es la transformación misma”.⁴⁵ Tal es nuestro mundo actual.

Pero cabe señalar que aunque quizá fue la razón como pudo haber sido cualquier cosa, no fue cualquier cosa la que escribió Hegel. Son, como se decía al principio, la razón y la filosofía lo que da vida, espíritu y verdad a las cosas. Para hablar de Hegel hay que montarse sobre esos conceptos, trabajarlos y desbaratarlos desde dentro. De ahí que en este caso se remarque la locura como una propuesta filosófica. Bien se podría simplemente tomar por falso todo lo que dice Hegel, pero si se hiciera de esta manera tampoco habría nada que decirle, ni a él ni a nosotros mismos. Lo abandonaríamos en su psicosis. Y al hacer esto nos quedaríamos solos también. Hay que tomar por verdaderos los planteamientos de Hegel justo para negarlos de inmediato, para eso está la obra hegeliana y sólo así podemos apropiarnos de ella. Se trata, como incluso él lo diría, de la sustancia contra sí misma: “Lo que parece acaecer fuera de ella [la sustancia] y ser una actividad dirigida en contra suya es su propia acción, y ella muestra ser esencialmente sujeto”.⁴⁶ Si hoy es importante la filosofía de Hegel, y así es la forma como la ha rescatado Nancy, es porque ese “nosotros” del que habla tanto Hegel no es solamente el “nosotros” los filósofos, sino “nosotros” para los que la filosofía posee verdad como un “nosotros”. Se trata de la construcción de un mundo que hoy ya vivimos como un mundo sin fundamento. Hegel nos muestra la forma en que la razón, al envolver a su contrario debe pasar por el desfondamiento de sí misma. No puede detenerse en verdades inamovibles. Dice Hegel: “tenemos que la actividad que al individuo le corresponde en la obra total del espíritu sólo puede ser mínima”.⁴⁷ Después de Hegel no nos queda de otra más que afrontar nuestra falta de sustento, de fundamento último. Desde esta perspectiva, la filosofía puede servir para afrontar esta locura, justo al dejarnos ver que siempre fue así. Nunca hubo fundamento fijo, sólo devenir. “El espíritu, ciertamente, no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo”.⁴⁸

Y más aún, al encerrar la filosofía hegeliana dentro de sí misma su propia negación, su diferencia, habría que remarcar la imposibilidad de caer en un extraño dogmatismo hacia el delirio hegeliano. Es este contrasentido lo que justo compone su alma y la única forma en que ésta se pueda poner en movimiento. La filosofía de Hegel debe ser negada, porque precisamente ella se alimenta de eso. Ésa es la dinámica del deseo y de la locura. “Todo es digno de perecer”,⁴⁹ diría el Zaratustra de Nietzsche. El método, según el mismo Hegel,

⁴⁵ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁶ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 48.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁴⁹ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza, 2009, p. 184.

es la escritura del todo, es la lógica actuando desmedidamente, una ciencia donde la forma está ligada esencialmente al contenido. “La figura concreta, moviéndose a sí misma, se convierte en determinabilidad simple; con ello, se eleva a forma lógica y es en su esencialidad; su ser allí concreto es solamente este movimiento y es un ser allí inmediatamente lógico”.⁵⁰ En este mundo, simplicidad es igual a concepto puro, a inteligibilidad, a racionalidad, a reflexión, a abstracción pura, a pensamiento, a espíritu, a lógica, a esencia, a especulamiento y finalmente a filosofía. “El idioma de la filosofía es el idioma mismo hablando en su infinitud, es decir, al mismo tiempo en cada instante”.⁵¹ Así se entiende que aun lo que se coloque en oposición a la filosofía de Hegel cae dentro de sus límites, en lo que ésta misma permite. “La filosofía no es ni ‘alta’ ni ‘profunda’: se mantiene estrictamente a la altura de las cosas, del mundo y del hombre”,⁵² dice Nancy. Y es que no se trata de superar a Hegel, sino quizá incluso de acompañarlo en su locura.

En la base de la pregunta sobre el hacer o no un prólogo lo que se juega es una tentación: la de seguir filosofando, de seguir escribiendo, de seguir pensando, de seguir existiendo. Lo trágico es que para seguir haciéndolo es necesario negar todo lo ya existente, o al menos menoscabarlo al exigir más. Hegel entonces deja abierto un aspecto negativo en extremo; un aspecto que nos lanza hacia el abismo, hacia la locura y la muerte. Pero al mismo tiempo nos abre la posibilidad, ya no de tratar de buscar una respuesta a ello, una escapatoria, sino de buscar distintas formas de convivencia o simplemente coexistencia ahora que nos sabemos sin remedio, sin salvación. Finalmente, habría que entender la obra de Hegel justo como un testimonio del delirio. Pero en ese delirio no está solo Hegel, sino la humanidad entera. En esa confesión se abrió lo verdadero por un instante. Nos hizo ver nuestra falta estructural, lo cual quizá más tarde en ese mismo siglo dio lugar a que Freud propusiera el tratamiento de lo inconsciente. Hegel funciona como el obturador de una cámara fotográfica, el cual deja pasar por un momento todo lo que se presenta ante él. Hegel captura el negativo en su tiempo y como tal se coloca como figura para ser positivado o rev(b)elado. Hegel como individuo es lo de menos, él mismo no reclama nada, hizo sólo lo que pudo. Si seguimos sus planteamientos, “lo verdadero tiene por naturaleza abrirse paso al llegar a su tiempo”.⁵³ Puede que llegue incluso el tiempo de olvidar a Hegel; es decir, ya no apropiármolo negándolo —y desviándolo con ello hacia la locura como se hizo aquí— sino que en la misma agitación del devenir su nombre simplemente se pierda. Pero incluso así, eso no querría decir que dejáramos de hacer filosofía.

⁵⁰ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 38.

⁵¹ J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 41.

⁵² *Ibid.*, p. 38.

⁵³ G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 47.